



EL
ECO
DE MI

nombre

ISABEL ROMERO CASAS



«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos
dones que a los hombres dieron los cielos;
con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran
la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra,
se puede y debe aventurar la vida».

MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616)

Capítulo 1

A veces la vida nos cambia de tal manera que al mirar atrás no reconocemos aquella persona que éramos. Las cicatrices escuecen, nos hacen sangrar, llorar, pero también nos enseñan a madurar.

Hoy, 1 de abril de 1966, es un día muy especial: ¡me caso! Todavía no me lo puedo creer, me ha costado demasiado poder llegar hasta aquí. Hubo un tiempo en el que soñé con una gran boda, llegar al altar del brazo de mi padre y que todo el mundo me mirase envidiando mi felicidad. Hubo un tiempo en el que creí que todas las personas que me rodeaban eran buenas y me querían de verdad. Hubo un tiempo en el que era una ilusa.

Me acerco al espejo de mi dormitorio y observo con ternura mi vestido: me siento orgullosa de llevarlo, está cosido y bordado a mano, no es el más elegante del mundo, pero para mí es el más hermoso.

No es el primero que me pongo, hace cinco años me estaba probando uno muy distinto. ¿Fue ese día cuándo todo empezó a cambiar? Si cierro los ojos, todavía puedo verme ante el espejo de Boutique Marie.

Al entrar te daba la bienvenida un dulce olor a vainilla. El establecimiento poseía una sencilla y familiar decoración: sus paredes empapeladas en amarillo claro, sus cortinas de rosa pastel adorna-

das con un gran lazo blanco en cada una de sus hojas; un mostrador pequeñito con alguna alegre maceta, tras el que te esperaba sonriente la dueña: Remedios Calderón. Una graciosa sevillana que emigró a Madrid cuando tenía siete años y que, poco a poco, se fue haciendo un nombre gracias a sus habilidosas manos, su discreción y disponibilidad entre la alta sociedad de la época.

En la radio de la tienda se oía de fondo la voz de mi padre, don Rafael Quiroga, general de la legión.

—La familia es un pilar básico para nuestra sociedad. Son necesarias lealtad, unidad y obediencia. No caben traiciones en la unidad familiar. La familia es como nuestra gran Nación, debe ser dirigida con mano firme, como nos guía nuestro caudillo por la gracia de Dios.

—¿Ha visto qué bien habla mi padre? —le pregunté a doña Remedios, dueña de la *boutique*.

—Debe de estar muy orgullosa, no todo el mundo da un discurso en la radio para que le escuche toda España. —Sonrió a mi madre, encantada de tenernos como clientas, mientras me ajustaba un poco la cinturilla del vestido.

—Es el mejor padre del mundo, ¿verdad, mamá? —busqué con satisfacción su mirada.

—Sí, hija, somos muy afortunadas. Pero ahora vamos a centrarnos en tu vestido. Me gustaría un velo más largo, este es muy sencillo, no entiendo de telas, pero parece un trapo viejo. Además, tampoco lleva ningún adorno.

Mamá apretaba, disgustada, el velo una y otra vez para ver la reacción de la tela.

—Doña Pilar, el velo está hecho de seda *dupioni*, es un material bastante caro y de muy buena calidad, y por los adornos no se preocupe, tengo pensado, si le parece bien, añadirle un encaje de *chantilly* —le explicó doña Remedios con su infinita paciencia y sin perder en ningún momento la sonrisa—. Trae una muestra

del encaje para que lo vea —ordenó a la muchacha que trabajaba para ella.

—Mamá, me gustaría un vestido con los hombros descubiertos —interrumpí tímidamente.

Su fría mirada me bastó como contestación: ella sabía lo que era mejor para mí.

—Verá, mi marido y yo queremos que todo esté perfecto para el enlace de nuestra hija. Esta boda va a dar mucho de qué hablar, aparecerá en las páginas de sociedad y, si todo va bien, puede que hasta nos acompañe el Generalísimo. Así que no hace falta que le diga que si hemos confiado en usted es porque esperamos total exclusividad, espero no habernos equivocado.

Con la espalda recta y su autoritaria voz quiso dejar bien claro quién mandaba.

—No se preocupe por nada, doña Pilar. Aquí trabajamos con las mejores modistas de la ciudad y telas traídas directamente de París. La señorita Mercedes va a parecer un ángel, ya lo verá.

Mamá y doña Remedios siguieron intentando ponerse de acuerdo sobre los adornos de mi vestido, algo bastante difícil. Doña Remedios tenía una visión más moderna y le parecía buena idea lo del cuello de barco, incluir un corsé que estilizara mi silueta e incluso pensó incrustar unas piedrecitas en el velo y en la falda, algo que a mamá le parecía excesivo y vulgar. Ella quería un vestido cerrado hasta el cuello, falda con mucho volumen, no excesivamente entallado y un fino bordado en el cuerpo del vestido.

Mientras seguían discutiendo, me bajé de la tarima en la que estaba, me acerqué al espejo y empecé a bailar como una niña, imaginando cómo sería el vals nupcial con mi querido Carlos.

Había pasado toda la vida enamorada de él, pero no fue hasta que volvió del servicio militar que me prestó atención: yo tenía dieciséis y él veintidós años. Nuestras familias siempre habían estado muy unidas, su padre y el mío habían luchado juntos en la

batalla del Ebro. Esos días que compartieron rodeados de muerte y miedo los unieron más que si hubiesen sido hermanos de sangre.

Estaba segura de que mi vida junto a Carlos sería perfecta: una bonita casa cerca de mis padres, dos o tres chiquillos que alegraran nuestra vida y una extensa vida social.

—¡Mercedes! Cualquiera diría que vas a cumplir veintiún años. ¿Qué estás haciendo? —me regañó mi madre cuando, envuelta en mi mágico mundo, sin darme cuenta, tiré un jarrón que se encontraba en una de las esquinas de la habitación—. Esta niña está atolondrada —le dijo a doña Remedios con una sonrisa.

—Es el amor —rio la dueña de la *boutique*—. Niña, recoge esto ahora mismo —llamó a su ayudante señalando la cerámica rota.

Me sentí un poco ridícula y enseguida recobré la compostura.

—Lo siento, me he dejado llevar por la emoción.

—Anda, vámonos, que es casi la hora de comer y tu padre no tardará, ya sabes que le gusta la puntualidad.

Nos despedimos de doña Remedios, acordando vernos en una semana para comprobar los avances del vestido.

Frente a la tienda, se podía ver el cartel del Cine Avenida anunciando la nueva película de Luis Buñuel: *Viridiana*, y en su sótano la sala de fiestas Pasapoga, discoteca de moda que mis padres nunca me habían dejado visitar por considerarla un antro de perdición de las buenas costumbres y la moral. El aumento de los turistas había convertido la Gran Vía en una de las calles más transitadas de Madrid. Quioscos, niños jugando, mujeres cargadas con la compra, puestos ambulantes, grandes señoras que se dirigían a las tiendas más exquisitas, cláxones sonando, gritos, música y un millón de elementos más que, conjugados, hacían de esta calle una de las más importantes y alegres de España.

Junto al Cine Avenida, en la puerta del famoso Hotel Atlántico, nos esperaba en el coche el chófer de la familia.

—Señorita —me saludó abriendo la puerta.

—Gracias, Pepe. —Le sonreí sin hacer caso a la mirada de reprobación de mi madre, que no soportaba mi familiaridad con el personal de servicio.

José, Pepe para mí, llevaba sirviendo a la familia desde antes de mi nacimiento. Cuando tenía unos seis años, me gustaba bajar al patio trasero, donde él estaba limpiando el coche, para que me diera el caramelo de fresa que siempre me tenía guardado. En aquellos años, yo soñaba con ser piloto de carreras y él me dejaba sentarme en el asiento del conductor y jugar con el volante como si de verdad yo fuese conduciendo.

—¡Vamos, señorita, la meta está cerca! —me animaba y me tiraba de las trenzas con afecto.

Compartimos muchas risas y juegos hasta que una tarde mi madre nos descubrió.

—No es apropiado que una señorita de tu clase se relacione con gente como José —me regañó apretándome el brazo.

—No lo entiendo, Pepe es bueno —intentaba explicarle mientras me aguantaba las lágrimas.

—¡No le llares Pepe! ¿Quieres que lo despida? Porque es lo que va a pasar la próxima vez que te vea jugando con él.

No sabía qué hacer, miré buscando su ayuda, pero Pepe solo miraba al suelo. No sé qué le dirían a él, pero desde ese momento se acabaron nuestros juegos. Tres años de risas que yo nunca olvidaría.

—¡Mercedes! ¿En qué estás pensando ahora? —mi madre me devolvió a la realidad una vez más—. No sé qué te pasa últimamente. ¿Has escuchado algo de lo que te estaba diciendo?

—Perdón, la verdad es que no —contesté bajando la cabeza avergonzada mientras el coche se ponía en marcha en dirección a Chamberí, donde residíamos.

—Espero que tras la boda espabiles un poco o Carlos pensará que se ha casado con una tonta —parecía bastante molesta conmigo.

—No te enfades, ¿no ves que es la emoción por mi boda? Solo faltan dos meses y cuento los días para que llegue.

La abracé y le di un beso en la mejilla.

—Venga, no seas zalamera.

Se dejó querer, aunque intentó disimularlo con sus palabras.

Durante los veinte minutos que duró el trayecto, mamá y yo estuvimos repasando la lista de invitados para la fiesta que daríamos en la casa de campo la semana siguiente. Era el cumpleaños de papá y había que celebrarlo por todo lo alto, acudirían personalidades muy influyentes e incluso el mismísimo procurador en Cortes: Ramón Serrano Suñer, al que papá había conocido años atrás en una cacería y con el que había congeniado desde el primer momento.

—Eugenia no sé si podrá venir, últimamente no se encuentra bien —me emocioné al pensar en mi mejor amiga y en su tercer intento fallido de embarazo.

—Estoy segura de que al final no faltará, no creo que su marido quiera perderse la ocasión de codearse con gente tan importante.

—¡Vaya manía le tienes a Javier! —Giré la cabeza enérgicamente para mirar por la ventanilla del coche.

—Eugenia proviene de una buena familia, no debió casarse con ese abogaducho —me contestó mientras miraba despectivamente los puestos ambulantes de churros de la plaza del Callao—. ¡Menudo olor a aceite quemado!

—Se quieren mucho y, además, Carlos también es abogado y no te incomoda.

—¡Por el amor de Dios! No me compares a Carlos con Javier.

Afortunadamente, llegamos a casa y dimos por zanjada nuestra conversación. Mamá se dirigió a la cocina para ver cómo iba la preparación de la comida, y yo subí a mi dormitorio a dejar las compras y ponerme algo más cómodo para bajar al comedor.

Vivíamos en una casa de dos plantas que papá había comprado tras finalizar la guerra a una joven viuda que no podía permitirse su mantenimiento. Una gran puerta metálica de color verde daba acceso a un jardín, en el que los parterres de setos dibujaban pequeños laberintos que desembocaban en el centro, donde se hallaba una hermosa fuente de un delfín, que emanaba agua sin cesar, sirviendo de bebedero a los cientos de pajarillos que hacían un alto en su recorrido para calmar su sed. Los bancos de piedra, los cipreses y un caminito de rosales blancos, que conducían hacia la puerta principal, hacían que pasear por aquel jardín fuese un auténtico lujo. Todavía me puedo ver jugando al escondite con mi amiga Eugenia o, con doce años, cortando las rosas escondidas de mi madre para fantasear que era Carlos quien me las regalaba.

Tres escalones de mármol precedían la puerta de entrada, donde Juan, el mayordomo, nos esperaba para recoger nuestros bolsos. Nada más entrar, una esplendorosa lámpara de araña con cadenas doradas iluminaba la majestuosa escalera de mármol que comunicaba ambas plantas, por la que bajé henchida de felicidad del brazo de mi padre a los quince años para mi presentación en sociedad. Pero si había algo que maravillaba a los visitantes, eran aquellas baldosas de un azul cielo con betas blancas, que Carmelita pulía cada día a conciencia, y te hacían sentir que caminabas por el mismísimo cielo. A la derecha, el gran salón con su chimenea de zócalos de colores, y a la izquierda el comedor, que podía albergar hasta a cincuenta comensales.

En la parte posterior, la cocina y las dependencias del servicio. En la segunda planta se encontraban nuestros dormitorios, el cuarto de costura, el despacho de papá, la biblioteca y las habitaciones de invitados.

Media hora después, papá ya había llegado. Era un hombre atractivo, a pesar de sus cuarenta y siete años. Algunas canas empezaban a poblar su pelo negro, haciéndole parecer interesante, apenas se le dibujaban unas finas arrugas en sus castaños ojos: era un hombre serio que intentaba disimular la debilidad que sentía por su familia. Mis padres hacían una bonita pareja, mamá tenía cuarenta y dos años, pero aparentaba treinta y nueve. Sus ojos grandes y oscuros resaltaban en su simétrica cara redonda. Tenía la piel tersa, sin arrugas ni marcas, y a su paso dejaba el olor dulzón de su perfume; era pequeña, pero tenía una elegancia natural que le hacía destacar en las reuniones sociales. Una mujer recta y educada en los valores de la Iglesia, a la que, si algo escandalizaba, agarraba con fuerza el pequeño crucifijo que siempre prendía de su cuello como si eso la fuese a salvar del pecado.

Nos sentamos alrededor de la mesa de aquel comedor estilo imperial, con sus altas sillas de color rojizo y de bordes dorados, esperando a que Carmelita nos sirviera la comida: conejo a la brasa y pisto.

—¿Qué tal en la radio, querido?

—Muy bien, ¿habéis escuchado el discurso? —preguntó mientras se colocaba la servilleta en las piernas evitando manchar su uniforme militar.

—Hemos oído un pequeño fragmento, estábamos en la prueba de mi vestido de novia —dije mientras disimuladamente echaba a un lado del plato la carne de conejo que odiaba comer.

—Es cierto, ¿y qué tal? —preguntó mientras daba un trago al vino de su copa.

—Te va a encantar, es precioso. Estoy deseando entrar a la iglesia del brazo del mejor padre del mundo —le dije orgullosa.

—Bueno, he tenido que pedir a doña Remedios que me cambie algunas telas por otras de más calidad. Ella aseguraba que era seda salvaje, pero no estoy muy convencida, también hubiese

preferido que el vestido fuese menos ceñido, pero la niña se ha empeñado en ajustarlo más de la cintura; pero eso sí, el velo ya le he dicho que tiene que llevarlo largo, como una princesa. —Giró la cabeza para llamar a Carmelita, que esperaba de pie junto a la puerta por si se nos ofrecía algo—. Sírvale más carne al señor.

—Pilar, deja a la niña decidir lo que quiere llevar. Al fin y al cabo, es su boda y se merece elegir lo que más le guste. —Me dirigió una mirada cómplice—. Da igual lo que se ponga, va a enamorar a todos con esos hermosos ojos verdes.

—Por supuesto, Rafael, pero siempre dentro de los límites de la elegancia. Lo que no podemos permitir es que en España se impongan esas nuevas modas de América, donde los vestidos son cada vez más cortos. ¿Recordáis el vestido de la hija de Fernando Salmerón? ¡El escote era indecente! —Mamá se preocupaba demasiado por quedar bien y evitar las posibles críticas—. El domingo después de misa iremos a hablar con don Eufrasio para ver cómo ayudamos con el ropero de los pobres, no quiero que me esté echando en cara que gastamos un dineral en la boda, pero que no colaboramos con sus necesitados.

—Dile a don Eufrasio que no se queje tanto, que bastante contribuimos con sus causas perdidas, cada dos meses le hago llegar una contribución bastante generosa, este cura se pasa de inocente.

—¿Por qué dices eso, papá? A mí me parece un párroco muy bueno. Siempre hace colectas para ayudar a la gente que no tiene trabajo. También le buscó casa a la dependienta de los ultramarinos cuando su marido la abandonó por otra, dejándola sin nada.

—Lo mismo que yo estoy diciendo, es demasiado bueno y piensa que la gente puede cambiar, hay quien no se merece la ayuda que él les presta: a los rojos no hay que tenerles compasión. Esos que tú dices que no tienen trabajo son unos gandules, eso es lo que son. Franco debería elaborar alguna ley para castigar a

esos ociosos que solo saben organizar revueltas. En cuanto a la de los ultramarinos, su marido no se hubiese ido con otra si hubiese sido una buena esposa, ella es la que debe ir a pedirle disculpas a él y rogarle que vuelva.

Papá paró de comer, se estaba acalorando con el rumbo de la conversación.

—Perdón que los interrumpa, pero tiene una llamada muy importante —Carmelita se dirigió a mi padre temiendo que le regañara, pues no soportaba que nadie interrumpiese la comida.

—¿Qué pasa ahora? —La mirada de mi padre hizo temblar a la joven.

—Señor, es una llamada del pueblo, de la casa de su señora madre, el capataz dice que es muy urgente. —Carmelita no levantó la vista del suelo en ningún momento.

Papá se dirigió rápidamente a su despacho, mientras mamá y yo esperábamos extrañadas ante aquella interrupción. El capataz nunca llamaba, siempre lo hacíamos nosotros, la abuela era más de escribir cartas. Apenas unos minutos más tarde, mi padre volvió con la cara pálida y el gesto serio.

—¿Qué pasa, Rafael? —preguntó mi madre poniéndose en pie e intuyendo la gravedad de las noticias que había recibido mi padre.

—Prepáralo todo, nos vamos a Los Antones, mi madre tiene neumonía.

—¿Cómo?, ¿desde cuándo? —Me levanté de la silla alarmada, debía estar bastante mal para que nos avisaran.

—Al parecer se enfrió hace un par de semanas, ya sabéis lo atascada que es, no quiso preocuparnos, pero ha empeorado y ya no se ha podido oponer a que el capataz nos llamase.

—Mercedes, ayúdame. Tenemos que prepararlo todo para irnos lo antes posible —me ordenó mamá bastante nerviosa al ver la preocupación en el rostro de su marido—. Carmelita, recoge todo esto.

Dejamos la comida a medias, se nos había quitado el apetito.

La abuela Agustina tenía ochenta años, siempre había sido una mujer fuerte que hacía doblarse al más osado. Solía decir que las heridas de la guerra le habían hecho una leona: «Cuando aquellos malditos republicanos intentaron tomar la hacienda, yo me acuartelé aquí con mi escopeta y no consiguieron acabar con mi vida». Su carácter, agrio y poco cariñoso, hacía difícil mantener una relación con ella. Cuando el negro profundo de sus ojos se posaba sobre mí, no podía evitar un escalofrío que se asemejaba a una descarga eléctrica. Papá me regañaba porque decía que eran exageraciones mías, que la abuela había sufrido mucho y por eso era tan fría.

A las doce de la noche llegamos al pueblo de Almería en el que había nacido mi padre. El capataz, Simón, estaba esperándonos impaciente, nos ayudó con las maletas y nos condujo por aquellos oscuros y helados pasillos hacia nuestros dormitorios.

—Voy a ver a mi madre, no puedo esperar a mañana.

Nunca había visto a mi padre tan afligido.

—Te acompaño —se ofreció mamá.

—No, vosotras idos a descansar, mañana la veréis, no podemos agitarla ni provocar que se asuste al vernos.

Nos dio un fugaz beso de buenas noches y se dirigió al dormitorio de la abuela.

—Pero a mí me gustaría ver a la abuela, me preocupa, es muy mayor —dije siguiendo a papá.

—Haremos lo que ha dicho tu padre, él sabe lo que debe hacerse. Intenta descansar y mañana la veremos, buenas noches.

—Me agarró del brazo, obligándome a darme la vuelta.

Me costó mucho conciliar el sueño, estaba cansada, pero los nervios no me dejaban tranquila. Sobre las ocho de la mañana

empecé a escuchar ruido por los pasillos, decidí asomarme para ver qué sucedía. Me puse un vestido marrón y me recogí el pelo en un moño sencillo. Mamá hablaba con un señor que parecía ser el médico.

—Dele este jarabe cada seis horas. —Le entregó un bote que contenía la medicina a mamá—. Necesita mucha tranquilidad, no olvide cambiarle los paños de agua constantemente para controlar la temperatura.

Carmelita, que nos había acompañado y se encontraba junto a mi madre, asentía intentando no olvidar ninguna de sus indicaciones.

A pesar de su juventud, no tendría ni treinta años, el doctor parecía muy seguro de su diagnóstico.

—Buenos días —interrumpí—. ¿Cómo se encuentra la abuela?

—No está mejor, hija.

Mamá estaba pálida y ojerosa, se notaba que había descansado menos que yo.

—Bueno, señora, señorita, cualquier cosa no duden en llamarme y hagan todo lo que les he indicado, por favor. Que tengan un buen día.

El doctor se despidió con una tímida inclinación de cabeza y se alejó acompañado por Carmelita.

—¿Dónde está papá? —pregunté extrañada por su ausencia.

—Ha pasado toda la noche al lado de la abuela —dijo exhalando un leve suspiro—. Hace apenas media hora lo he convencido para que se fuera a descansar un poco, no sé si lo logrará, está muy preocupado. Yo voy a tomar algo aprovechando que se ha quedado tranquila, acompáñame. Carmelita, no te despegues de su lado, cualquier cosa me llamas de inmediato —ordenó a la criada, que regresaba de acompañar al médico.

—¿Puedo entrar a verla?

—Se acaba de dormir, mejor no molestarla; después podrás hacerlo.

Nos dirigimos a la cocina, donde dos tazas de café humeante acompañadas por uno de los bizcochos más buenos que he probado nos esperaban. La mujer del capataz tenía fama de ser una de las mejores cocineras del lugar.

Tras el reconstituyente desayuno, mamá aprovechó para darse un baño y descansar, yo decidí dar un paseo por los alrededores. Hacía años que no visitábamos el pueblo, casi siempre era la abuela la que se desplazaba a nuestra casa: papá le había insistido en numerosas ocasiones para que se mudara a Madrid con nosotros, pero para ella habría sido una traición abandonar la casa familiar.

Era una pena no poder disfrutar más de aquel pueblecito. Me gustaba aquel cortijo de paredes encaladas, con un porche para poder tomar el fresco en las noches estrelladas, beber la leche recién ordeñada de las cabras y comer aquel queso que la abuela preparaba con tanto esmero. Toda la hacienda estaba rodeada de olivos, almendros, naranjos y de una huerta particular donde se plantaba lo necesario para abastecer la casa.

Caminé sin rumbo fijo por aquellas veredas, observando el paisaje. Pude notar la mirada desconfiada de los campesinos preguntándose quién sería y, aunque tenía motivos para sentirme incómoda, por alguna razón el aire de aquel lugar y el olor a jazmín y romero me hacían sentirme segura. En mi camino encontré un pequeño riachuelo, me paré a descansar un rato e hice algo que habría escandalizado a mi madre si me hubiese visto: meter los pies en aquella fría agua. Me la imaginé diciéndome que aquello no era digno de señoritas.

Un cálido e inusual sol acariciaba mi cara, me solté el pelo, cerré los ojos y disfruté del canto de los pájaros que se acercaban a calmar su sed, me sentía libre y, allí, abrazada por la naturaleza,

perdí la noción del tiempo. El ruido de una carreta acercándose me devolvió a la realidad. ¿Qué hora era? Debía volver antes de que alguien me echara en falta.

Entré a la casa por la puerta de la cocina esperando no encontrarme con mi madre, me sentía mal por haber disfrutado de mi pequeña excursión mientras ellos estaban sufriendo por la salud de la abuela.

Sentada en una silla, me encontré con Teresa, la mujer del capataz.

—Su madre sigue descansando y su padre ha salido hace un momento —me contestó al preguntarle por ellos mientras pelaba unas patatas.

Respiré aliviada al no tener que dar explicaciones de dónde venía.

—Teresa, ¿el médico que ha venido hoy no es muy joven? —pregunté a la vez que me servía un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa.

—El doctor es muy bueno en su trabajo, fue el primero de su promoción —dijo con admiración.

—¿Tú lo conoces? —pregunté intrigada.

—Es un buen muchacho, muy querido por los vecinos del pueblo, siempre está ayudando en todo lo que puede. Pero es muy reservado con su vida, no se le conoce novia ni familia.

Teresa se levantó con una fuente llena de patatas peladas, las cubrió con agua y sacó una sartén que colocó sobre los fogones.

La dejé con sus quehaceres y me dirigí a la biblioteca con la intención de encontrar alguna lectura con la que entretenerme. Me decepcionó el estado en el que se encontraba: los libros estaban fuera de sus estantes, envueltos por una gruesa capa de polvo, y el olor a humedad era insoportable. Decidí hacer algo de utilidad y comencé a limpiar y ordenar aquella olvidada estancia.

No pude dejar de imaginar a mi padre leyendo allí cuando era más joven. Siempre me había dicho que los libros eran muy importantes en la vida de los hombres: «Aquello que lees es lo que te define como persona, los hombres son los que dirigen a la familia, los hombres son los que deben estar bien formados». Esas eran sus palabras, que yo creía certeras.

Encontré algunos libros muy antiguos, la mayoría de historia, recortes de periódicos y lo que más me llamó la atención: una bonita caja de madera. Estaba detrás de unas enciclopedias muy grandes en la estantería más alta. En el interior de aquella caja, con el símbolo del infinito tallado a mano, unos adornos dorados alrededor y forrada de terciopelo, pude encontrar unas fotografías antiguas.

Me senté en una silla para poder observarlas con detenimiento, había retratos de mis abuelos, de mis padres recién casados, y las que más ternura me hicieron sentir fueron las que encontré de papá cuando apenas era un chiquillo. Estaban todas muy bien ordenadas por años, por lo que me parecía estar viendo una película de la vida de mi padre.

En el fondo de la caja había un sobre amarillento que también contenía fotografías, me extrañó que no estuvieran junto a las otras. Las saqué con cuidado, estaban pegadas las unas con las otras y podían romperse. En una de ellas aparecía papá junto a un joven y una chica rubia con el pelo rizado. No reconocí a ninguno, estaba fechada en 1928, se los veía muy felices. Había varias en las que aparecía la misma joven, pero las que más me intrigaron fueron dos en las que aparecían mis padres: en la primera, papá abrazaba por la cintura a mamá de una forma muy tierna, la foto era de septiembre de 1940; en la segunda, me tenían tomada en brazos y podía leerse: «Primera foto con Mercedes, octubre de 1940». Solo había un mes de diferencia entre una foto y otra, yo nací en octubre, pero ¡mamá no estaba embarazada en la primera fotografía!
